

CONFERENCIAS UNIVERSITARIAS

Hostos, patriota ejemplar

Por la doctora Margot Arce



Texto de la conferencia dictada por la doctora Margot Arce, del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico, ante el Ateneo Universitario el 1 de febrero en el homenaje ofrecido a la memoria de Hostos por el Ateneo Universitario.

El Ateneo de la Universidad rinde en esta noche un homenaje a Eugenio María de Hostos. En la serie de actos organizados con motivo del Centenario de la vida del Patricio había faltado esta colaboración espontánea y autónoma de la juventud. Pero esa ausencia se remedia hoy y será sobrepasada con otros actos estudiantiles. En ningún momento me ha parecido que el Ateneo Universitario llene con mayor plenitud los fines para que fué creado como en este momento de exaltación y respeto a Eugenio María de Hostos; en ninguna ocasión los estudiantes son más dignos de llevar este nombre que en aquellas ocasiones en que se inclinan ante la superioridad moral e intelectual de algún patriota puertorriqueño.

En un admirable discurso de don Fernando de los Ríos, publicado en EL MUNDO del domingo último y que supongo leído con fruición por todos ustedes, decía el educador español "que no se es estudiante por el hecho de matricularse, ni por el hecho de asistir a un aula, sino por algo más serio, más hondo, más personal: por una conducta ante la vida". Una conducta ante la vida supone, añadimos nosotros, un ideal, supone conciencia de lo que se es, supone, en fin, ciencia y responsabilidad. Y ningún estudiante, ningún hombre puede llegar a esta integración de su personalidad si se desentiende por entero de su circunstancia histórica. No se vive del aire; no se puede tampoco vivir, como Narciso, alimentándose de la propia imagen en una acción que no trascienda de los límites del sujeto. La cultura cristiana que nos ha formado a todos se funda en la caridad. Caridad es amor y servicio a Dios primero y luego a los hombres.

Cada uno de nosotros se mueve dentro de circunstancias históricas determinadas a las que está obligado a atender. Y el núcleo más cercano y exigente de la circunstancia histórica de cada cual es la patria. Antes de lanzarse a la conquista de lo internacional, de la universalidad, el hombre debe partir de ese pedazo de tierra en donde su vida cobra realidad de espacio y tiempo. "La caridad empieza por la propia casa", dice la certera sabiduría del pueblo. Nuestra primera obligación es el conocimiento y servicio de la patria.

Pero conviene primero definir lo que entendemos por patria. La palabra ha sido manoseada con harta frivolidad unas veces, con culpable mala intención otras, en la oratoria sin escrúpulos de los intereses de partido. No es la patria un objeto material exclusivamente; ni el sentimiento de la patria será esa irritación sensiblera con que nuestra molición protesta cuando se la saca de su costumbre diaria, de la cómoda postura de lo familiar y conocido para verse forzada a encajar en un ambiente hostil, de ritmo distinto y más ágil.

Si la patria y el sentimiento de la patria fueran tan sólo eso, provechoso sería para el espíritu cambiar de patria para sacudir su pereza.

Pero la patria es algo más que el pedazo de tierra en que se nace; y mucho más que las cosas visibles y tangibles que nos rodean desde el nacimiento. La patria es pasado, es decir, tradición, cultura patrimonial. La patria es presente, obra en devenir, creación particular y colaboración de todos sus hijos, rectificación de errores del pasado, cuidado amoroso de la herencia recibida, enriquecimiento activo y constante de esa herencia con los esfuerzos del hoy. La patria es también y sobre todo futuro, aspiración a una mayor plenitud, voluntad de transmitir y perpetuar el caudal heredado habiéndolo acrecido a la medida de nuestras mayores fuerzas.

Recuerdos, tradiciones, experiencias y costumbres de un grupo humano, dentro de un espacio limitado de

tierra constituyen el haber tangible de la patria. Su haber espiritual se compone de las virtudes que han caracterizado al grupo social como tónica de su conciencia ética. La verdadera patria es ante todo este conjunto de virtudes seculares. Los que pensamos en ella sintiéndola como una realidad ineludible, deseamos tan sólo que ella persista adornada de esas cualidades. Y cuando las virtudes se empañan o desaparecen juzgamos un deber categórico trabajar por su restauración o su esclarecimiento. Ningún patriota lo sería en verdad si aceptase una patria envilecida, si permaneciese indiferente ante su degradación. A la patria como a la madre se la quiere immaculada.

Pero no basta para ser buen patriota con cumplir la ley estrictamente, ni con fundar una familia y procurar su bienestar espiritual y físico. Hay que hacer más: hay que mantener vivas, henchidas de sentido esas virtudes; hay que practicarlas y afinarlas con matices cada vez más delicados y ejemplares. En toda patria, por fortuna, viven siempre media docena de hombres privilegiados en quienes las virtudes a que aludimos encarnan y dan jugoso fruto. Estos hombres se convierten por esa superior sensibilidad en ejemplo, y son reconocidos como guías y estímulos para la acción de sus compatriotas. Son estos hombres símbolos vivientes del profundo y eterno significado de la patria.

Es deber de la juventud, y especialmente de ese perfecto estudiante, que según don Fernando de los Ríos, debe poseer "una conducta ante la vida", conocer, respetar y emular a esos héroes morales de la patria. No se limite su homenaje a las palabras; sea ante todo una "ofrenda de labores y esperanzas", un himno de amor y de trabajo. Para elogiar a don Francisco Giner de los Ríos, ordenaba el grave poeta Antonio Machado: "yunque sonad; enmudeced campanas". "vivid, la vida sigue". Y esa continuidad de la vida fecunda será siempre la más hermosa corona sobre la tumba de un patriota.

Patriota fué Eugenio María de Hostos, símbolo también del significado moral de nuestra patria. Encarnaron en él sus más preclaras

virtudes y, al recogerlas, las enriqueció con su acción espiritual y las alumbró con depurados matices. Como el tallador supo cortar al diamante las facetas necesarias para su máxima luminosidad. El sentimiento de la patria fué siempre la base en que se asentaron sus actos, que son, en verdad, amores. Para servir a la patria se hizo a sí mismo en una disciplina severa de ciencia y conciencia. Y, en seguida, se entregó por entero a la obra de engrandecimiento moral de Puerto Rico. Sabía este hijo tan hombre, tan consciente de la dignidad humana, tan varón como los vientos del Trópico, que la patria, como los hombres, sólo puede realizarse en el aire tónico de la libertad. Por la libertad de Puerto Rico vivió y padeció calvario. En ningún momento una consideración mezquina, una flaqueza de la carne, una tentación de poder o de gloria, lo apartó de su meta o aflojó la intensidad de su anhelo.

En muchas ocasiones se alejó de la patria porque pusieron diques a su acción o porque consideró que desde lejos podría realizarla con mas frutos. Cuando volvía del forzoso o del voluntario destierro la fe en la razón de su anhelo relumbra y cortaba como una espada. El sacrificio constante y el olvido de sí dan a su figura moral austeridad y nobleza genuinas. El nombre de De Hostos es una emoción; tiene la magia de sacudir nuestro espíritu hasta sus raíces; su pensamiento fértil en acto perenne de creación, sus hechos encendidos y limpios como un espejo ardiente; su amor a los demás y su confianza en los valores espirituales constituyen una herencia preciosa para nosotros los portorriqueños.

Para la juventud universitaria reunida en esta noche en acto de devoción al patriota, sea De Hostos ejemplo y mentor. Nunca estuvo la patria tan necesitada del amor de sus hijos, nunca se vieron sus virtudes y su dignidad más em-

pañadas. Acuda esta juventud al pronto remedio; imite a De Hostos, entréguese como él a una obra apasionada, sirva a Puerto Rico con hechos sin gastarse en palabras vacías; ame la libertad y ejérzala con la dignidad propia de los hombres. Entonces y sólo entonces esa juventud será digna de pronunciar sin mancillar el nombre clarísimo de Eugenio María de Hostos.